

Desde que llegó a Madrid, doña [Dolores Albás](#) ve a su hijo mayor trajinando de un lado para otro, entre pobres y enfermos, dedicado a múltiples tareas y, especialmente, a la atención de muchachos jóvenes que siguen su dirección espiritual y empiezan a invadir hasta su propia casa. Siente alegría por lo que sabe que es una plena dedicación de Josemaría al sacerdocio, a las exigencias del amor de Dios. Pero, como madre, tiene la obligación -como diría frecuentemente el Fundador años después, refiriéndose también a otras madres y a otras circunstancias- de mirar «de tejas abajo». Y, más de una vez, le comunica su inquietud: «*¿Por qué no haces oposiciones a cátedra?*»

Sabe doña Dolores que su hijo tiene capacidad y formación para sacar adelante un alto empeño intelectual. Otras veces, plantea el mismo tema recordándole amistades que pueden allanarle un camino brillante. El propio don Josemaría lo contará en varias ocasiones:

-« Y un obispo de mi familia, que después sería mártir, le decía: Lola, ¿cómo no viene a verme tu hijo? (...). Ella insistía: se te está pasando el tiempo »

Don Cruz Laplana, que ha sido consagrado Obispo de Cuenca, es pariente de doña Dolores. Tiene el título de Maestrante de Zaragoza y fama de hombre santo.

Don Josemaría oye los consejos de su madre con cariño. Pero responde siempre con evasivas: juzga que no ha llegado el momento de explicar a su familia lo que Dios quiere de él. Doña Dolores sigue siendo testigo de la vida de oración, de expiación, de intenso trabajo de su hijo mayor, y le ayuda con su aliento. Su hermano Santiago, jugando por la casa, un día encuentra un instrumento de penitencia en la habitación de Josemaría: lo coge con extrañeza y acude a preguntar a su madre:

-« Fíjate lo que le he “pescado” a Josemaría.

-Déjalo donde estaba.

-¿Y qué es?

-Un cilicio »

Ella conoce las mortificaciones, a veces tremendas, a que se somete su hijo. Y, a través de tantos indicios, llega a intuir que Dios pide a Josemaría un género de entrega que tiene poco que ver con el afán de ascensos en la carrera eclesiástica o en cualquier otra. Por eso, el empeño de doña Dolores se volcará, sin vacilación, sin un desmayo, en secundar la Voluntad de Dios sobre su hijo. Esta dedicación será poco llamativa, pero de tal eficacia que va a convertirse en un factor muy importante para la realidad del Opus Dei.

Martínez Campos 4 será, durante algún tiempo, un lugar de reuniones para los primeros miembros de la Obra. La Abuela, como cariñosamente la llamarán todos de ahora en adelante, agrandará su corazón hasta hacerlo doblemente maternal; tendrá mil muestras de cariño con los que empiezan a seguir de cerca el espíritu del Opus Dei. Les recibe siempre, en su hogar, como a nuevos hijos.

Entre el grupo de muchachos que llega a casa de doña Dolores, algunos pertenecen ya a la Obra. Vienen acompañados de amigos que aumentan poco a poco. El Padre se reúne con ellos y habla de cuanto puede interesarles. La tertulia es tan cordial, tan humana y atractiva, que a ninguno le resulta ajeno el futuro que el Padre extiende ante sus ojos: dispersarse por todas las actividades humanas para poner a Cristo en la cumbre, ganar el mundo entero para ponerlo a sus pies, santificando todas las profesiones y oficios.

Este joven sacerdote, desconocido, sin recursos económicos, les habla de los medios para lograrlo: seguir la Voluntad de Dios, rezar con fe, trabajar seriamente en la propia profesión y ser capaz de sacrificar todo en servicio de los demás.

Y la transparencia de su actitud y de su alma son tales, que ninguno de aquellos hombres que le escuchan duda de que todo se realizará, porque Dios, efectivamente, así lo quiere.

Pero el tono de estas reuniones dista mucho de tener características de plática o sermón vespertino. Todo transcurre en una amable espontaneidad llena a rebosar de proyectos, de seriedad humana y de alegría. Muchas veces, les invita a merendar. Los ingresos de la familia Escrivá de Balaguer son limitados. La casa no es lujosa; pero la distinción humana de sus

ocupantes otorga categoría a hechos sencillos. Jamás doña Dolores tendrá un gesto impaciente, ante la llegada habitual de estos chicos que inundan su casa y su intimidad. Había dado mucho, continuaba dando y estaba dispuesta a darse del todo. Sacrificará, incluso, alguno de los gustos que pudiera haber reservado para su hijo pequeño, en función de otros hijos que, no lo dudó nunca, Dios enviaba junto a la palabra y el corazón del Padre.

Cuando Santiago llega del colegio -estudia entonces en los Maristas-, irá a buscar su merienda. Y se queja al descubrir, más de una vez, que las golosinas que él prefiere desaparecen antes de tiempo.

«¡Los chicos de Josemaría se lo comen todo ...!».

Este comentario llegó a ser tan conocido que, años más tarde, se confeccionará un “exlibris” para regalárselo a Santiago. Es un dibujo, con dos manos grandes, abiertas, que dejan caer generosamente un panecillo. Otras manos esperan, en muda aceptación. La leyenda repite aquella protesta infantil: «¡Los chicos de Josemaría se lo comen todo!».

En la casa de Martínez Campos, utilizan una habitación que tiene balcón a la calle, en el segundo piso. Aquí acostumbran a leer, antes de despedirse, un breve comentario sobre textos evangélicos. El Padre coge un misal, lo abre por la Misa del día, y cita una frase. Luego hace una reflexión corta: una brevísima pauta que han de llevarse dentro del corazón. Esta voz les dará fuerzas para mantener a Dios muy cerca en medio de la calle. Y sienten, en verdad, como si Jesucristo, Dios entre los hombres, hubiera venido nuevamente a esta reunión que empieza y termina en su nombre.

Este cuarto está presidido por un pequeño cuadro de la Virgen con el Niño. El dibujo es de tonos cálidos, acogedores. Esta representación va a sobrevivir a todos los avatares históricos que se avecinan. Un día lejano llegará a Roma, cuando la Sede Central del Opus Dei se enclave en la Ciudad Eterna, y ocupará el retablo del oratorio de «Sancta Maria Stella Orientis». En el Acta de Consagración del altar de este oratorio, redactada en latín y fechada el 3 de enero de 1959, se cuenta brevemente su historia. Ella, que protegió los pasos de los primeros de la Obra, conducirá a buen puerto la expansión por tierras del Este de Europa y por las inmensas latitudes del continente asiático. Es la sed de Dios que desbordaba el corazón del Fundador en aquel pequeño piso de una calle madrileña, y que ha logrado ya abrazar el mundo.

Ana Sastre. **Tiempo de caminar**